



VISTA GENERAL DE BETANZOS

EL CÁNTICO DE LA CIUDAD

Poema que obtuvo la Flor natural en los Juegos florales celebrados en Betanzos el 19 de agosto de 1946.

Yo miraba el Mandeo y oí cantar el viento
como el latido apenas de un fino pensamiento.
La noche, desbordada de estrellas, parecía
transfigurar la paz de la ciudad.

Y el viento murmuraba! El Creador no quiso
perder enteramente la obra del paraíso,
y arrojó en esta tierra un puñado de tierra
del Edén, monumento de su amor.

Yo te traigo el primer temblor de los cerezos,
la confianza ardiente de los primeros brezos,
el júbilo infantil del Mandeo que llegaba
encabritado en el amanecer.

Te traigo el desperezo del laurel de aquel día.
Una luna recién acuñada encendía
los juncos primordiales. ¡Qué cuna para un pueblo,
oh, Dios, la cuna que arrullara yo!

¡No poder detener aquella primavera
en que entre los oréganos tembló la cabellera
de los celtas, pupilas de un cielo de verano,
brazos de roble y delicada voz!

En mis entrañas oigo levantarse los castros
para que así estuvieras más cerca de los astros,
Brigantia niña, síntesis de la fuerza y la gracia,
ninfa empinada para ver el mar.

Reina de las Mariñas que acarició el destino,
la diadema que dió a Galicia Constantino,
las cruces que el Apóstol hincaba ardientemente
entre guindos paganos... ¿eres tú?

¿Eres tú la colmena gremial de los oficios
erguida a martillazos de oscuros sacrificios,
la corte áspera y pura, fragua de caballeros,
pechos de bronce y almas de cristal?

¿Dónde están tus doncellas, hermosas de martirios,
que al alfanje, no al beso, ofrecieron sus lirios?
¿Dónde están los lebreles cansados, las palabras
olientes a perdón, de Andrade «o Bô»?

¡Ciudad mía, asentada con ansias infinitas
sobre cuerpos sin nombre y virtudes no escritas,
si puede un rumor de alas deletrear tu nombre,
yo te saludo con mi antigua voz!

Yo os acaricio, rúas más viejas que el bautismo,
domésticos renglones de un pétreo catolicismo,
camino de silencio para el pie endurecido
del que busca la orilla de la paz.

Iglesias de Betanzos, erguidas como escalas,
maternales gallinas evangélicas, galas
del solar, protectoras de sueños y de nidos
y de fuentes cansadas de llorar.

Convento franciscano, donde duermen su fría
esperanza las manes de la insigne hidalguía
mariñana, jardín de muertos, donde fluye
muy solo el surtidor de la oración.

Santiago, la hilvanada por los sastres en vela,
cuyas manos cortaban ojivas en la tela,
¡qué trueno de esperanzas rueda bajo los cascos
del corcel de Santiago que eres tû!

Y tú, sólido sueño de aquellos mareantes
que han anclado sus vidas en los nortes radiantes
de la Fe, Virgen mía del Azogue, que brillas
más que el azogue derramado al sol.

Fábricas comenzadas del templo de la lluvia,
claustros por donde yerra la cabellera rubia
o el buen zueco sonoro: soportales inmóviles,
¡qué antiguos sois bajo esta luz lunar!

¡Ay, Brigantía en la noche, qué alto mástil desnudol
¡Ay, pobre mano muerta que cinceló tu escudol
¡Ay, vides que coronan tus sienas sin coronal
¡Qué áspero vino exprimen para tû!

¡Oh, Dios, ha de perderse de nuevo el paraíso?
¡Pasa el río sin voz debajo del alisol
¡Qué larguísimo olvido parece el Puente Viejol
¡Qué liquen triste rampa en tu blasón!

De pronto me dormí bajo el cielo abrileno.
Pero el viento, implacable, susurraba en mi sueño:
—[Espléndida mentira del sueño y de la sombra!
Yo siento estremecerse la ciudad

detrás del terciopelo de la noche. ¡Qué viva,
qué presente te siento, hieldad definitiva!
Resbala por la ría un oscuro perfume,
tu alma se pone lentamente en pie.

¿Por qué el ocaso? ¡Oh, no! He aquí el valle divino:
el cerezo que apunta su rubor cristalino,
el mar de las promesas de trigos y maizales
o las bodas de nieve del peral.

¡Qué júbilo invencible en tus cauces serenos,
en tus molinos que hablan con los carrillos llenos,
en tus sierras que muerden al madero vencidol
¡Qué júbilo en la orquesta del taller.

¡Otra vez tú, Betanzos, desbordada en tus fuentes
rumorosas de frescas risas adolescentes,
y en tus plazas, sonoras bandejas de muchachas
y de rosas abiertas sin cesar!

Y en el hombre que arría las velas temblorosas
y sonríe a sus pecés, criaturas hermosas,
y es ancha su sonrisa porque pesa en su barca
aquel milagro de Genezareth!

¡Qué hermosa te desnudas en las voces del mozo
que estremece las viñas con sus cantos de gozo,
y a la noche se sienta a la puerta rendido
joven dios fatigado de crear!

Y en tus mujeres, carne de cerezas nacientes,
brazos ensangrentados de racimos ardientes,
pupilas miniaturas de la aurora en la ría,
rizos que vi en mazorcas de maíz.

Así vuelvo a encontrarte, ciudad inesperada,
la punta de tu clámide apenas revelada
en la indecisa púrpura del mar, tu voz alegre
en las campanas del amanecer...

Se hundió el viento en el puro silencio matutino,
y pasó una muchacha cantando en el camino.
Su imagen fugitiva está en mí para siempre:
muchacha y cántico era la ciudad.

José M.^a Díaz Castro

